LOS SUCESORES

por Miguel Costafreda

Desconfiad de los patios interiores, de los sótanos, tumbas, cabas y bodegas... Vigilad aljibes y pozos... Y si algo sucediera, a pesar de vuestra atenta vigilancia, no ofrezcáis resistencia, ya que todo sería totalmente inútil.

Alguna cosa me desveló aquella noche, y, sin saber por qué, no pude volver a conciliar el sueño. Acudiendo a mi memoria, probé todos los viejos sistemas recomendados para rendirme en brazos de Morfeo, pero tan sólo conseguí que un naciente nerviosismo fuera aumentando hasta transformarse en una desazonante inquietud. Intenté contar ovejas, y la imagen de los animales se iba haciendo difusa a medida que aumentaba el número de los ejemplares imaginados, no porque el esperado adormecimiento fuera desdibujando los perfiles de las cosas, sino debido a que, conforme iba contándolos, su silueta se metamorfoseaba dejando paso a figuras de líneas poco familiares o, mejor dicho, extrañamente alejadas de cualquier especie animal conocida. Así, al llegar al número doscientos, los ovinos, a los que me representaba saltando una pequeña pared de piedras, se abalanzaban hacia mí, su propio creador, con un aire amenazante; lo que unido a lo insólito de sus contornos me aconsejó interrumpir aquel procedimiento tantas veces recomendado y puesto en práctica para conciliar el sueño.

Imaginé después que me deslizaba por un camino insólito a través de un paisaje desnudo, e intenté que incluso los más pequeños elementos del cuadro se fueran tornando grises y despersonalizados hasta que la monotonía de la representación provocara mi deslizamiento hacia la somnolencia. Así fue al principio. De acuerdo con las técnicas aconsejadas, la hierba verde perdió su color, las hojas de los árboles se volvieron grisáceas, el propio sendero se tornó ceniciento, las azules montañas de la lejanía adquirieron un tono plomizo, pero cuando ya estaba a punto de sumergirme de nuevo en un sueño reparador, una sombra, un bulto, se fue acercando a mí por el paisaje que yo mismo había forjado en mi imaginación, y al concretarse más debido a la natural proximidad, comprendí que no se trataba de una persona ni tampoco de ningún animal. Su contorno se perfiló con tal nitidez en mi mente que me intranquilizó sobremanera, y el sistema, por tanto, dio resultados contrarios a los que yo deseaba.

Por último acudí al remedio quizá no tan tradicional, pero sí un punto más científico: fui relajando uno a uno todos los músculos de mi cuerpo a partir de los pies, y de manera ascendente, de forma que —así lo preveía — al llegar a la región próxima a la cabeza, la laxitud de mis miembros

provocara la de mi cerebro. Mas, una vez llegado a la zona superior de mi cuerpo, advertí que de nada había servido aquel intento de relajación: la parte corporal de mi ser yacía presa de un agradable desmadejamiento, pero mi espíritu continuaba tan alerta como al inicio de la inútil maniobra.

Pensando que quizás un vaso de leche templada resultaría más eficaz que los infructuosos medios a los que había recurrido, me levanté corriendo el riesgo de desvelarme aún más, y me dirigí hacia la cocina.

Al pasar junto a la ventana que da al patio interior, experimenté un escalofrío. Levantando con precaución el visillo miré hacia abajo sin saber lo que esperaba encontrar, y pude ver que una sombra, no sé si calificarla de tal modo, puesto que era blanca, se deslizaba velozmente por el suelo del patinillo y desaparecía tragada por el orificio circular que cubre la gran placa metálica.

De momento pensé que se trataba de algo creado por mi excitada imaginación, sometida a esfuerzos impropios de aquellas horas en el deseo de volver a conciliar el sueño, pero al abrir la nevera, mi mano dejó caer la botella de leche que acababa de asir, y el líquido rojizo se esparció por el suelo de baldosines. Al oprimir el interruptor de la luz, comprobé no obstante que la leche vertida mantenía su natural color blanco, tan blanco como la sombra que creía haber visto sumergirse bajo tierra hacía unos segundos.

Después de una mañana de constantes errores en el trabajo a causa del imperfecto descanso nocturno, volví a casa tras haber ingerido un frugal almuerzo con el deseo de dormir una siesta que me compensara de la mala noche pasada.

Mientras me cepillaba los dientes no pude impedirme mirar hacia el patio a través de la ventana del cuarto de baño. Mis ojos fueron a parar sobre la placa metálica que comunica, supongo yo, con alguna cloaca, y entonces volvió a mi imaginación lo que creí haber visto la pasada noche; pero a la luz del día las cosas adquieren sus verdaderas dimensiones y perfiles, o al menos así lo queremos, y me dije que quizás algún vecino había cerrado una ventana y el reflejo de la luz en el cristal había provocado una ráfaga que mi imaginación había convertido, por obra y gracia de su excitación, en un fantasma misterioso.

La noche siguiente soñé que poco a poco iba desenroscándose el gigantesco tapón metálico de una no menos descomunal botella. Cuando el proceso llegó a término, el tapón cayó rodando y se estrelló contra el suelo con gran estrépito. En aquel momento me desperté maldiciendo la pesadilla que había interrumpido, seguramente de una forma definitiva, mi reposo nocturno.

Mientras hacía esfuerzos por dormirme de nuevo, percibí un sonido de timbre metálico igual que si algo herrumbroso rozara contra una superficie también cubierta de orín. El áspero rumor se sucedía a intervalos regulares como si fuera debido a un movimiento giratorio.

Advirtiendo que aquel ruido procedía del patio interior, me levanté con sigilo y, asomándome con precaución a una ventana, fijé mi vista en la placa metálica situada en el suelo. A la escasa luz de la luna que conseguía iluminar el patio, pude ver que la chapa giraba lentamente y se iba desenroscando, pero, cuando sobresalía ya unos centímetros del suelo y era de suponer que estuviera casi suelta, alguien encendió la luz

de la cocina en uno de los pisos superiores, y el movimiento se detuvo instantáneamente. No me atreví a descender para comprobar de cerca el estado de la chapa y me puse como excusa —aunque la verdadera razón era el miedo— lo avanzado de la hora y el ruido que seguramente produciría la puerta que permitía el acceso al patio.

A la mañana siguiente, fingiendo que se había caído un a prenda de ropa tendida en el cordel, me aproximé a la tapadera metálica, que se encontraba perfectamente encajada en su marco, aunque pude comprobar que en la juntura no había restos de tierra ni ninguno de esos hierbajos que crecen tenazmente en cualquier superficie sobre la que se asienten unos granos de arena y permanezca lo suficientemente umbría.

Decidido a averiguar lo que estaba ocurriendo, me propuse pasar la noche en vela, si fuera preciso, y no perder de vista la tapadera metálica.

Aunque había oído ruidos durante toda la tarde, no advertí hasta bien entrada la noche que había nuevos vecinos en el piso de bajo. Como la cosa más natural del mundo, y así era en efecto, habían depositado provisionalmente en el patio algunos de sus muebles y enseres, a la espera sin duda de efectuar una limpieza del apartamento. Aquel imprevisto acontecimiento me impedía bajar por la noche al patinillo a menos de correr el riesgo de ser tomado por una ladrón o, cuando menos, por una curioso impertinente que se dedica a husmear entre las pertenencias ajenas. Sin contar que sobre la placa metálica habían situado un sólido armario de luna de grandes dimensiones.

El insomnio que había hecho presa en mí volvió a hacer su aparición aquella noche, pero, sabiendo que era inútil espiar por la ventana, permanecí en el lecho desvelado y con la vista fija en la lámpara de mi dormitorio.

A una hora que no puedo precisar a ciencia cierta, un rectángulo de luz apareció en el techo y comenzó a moverse lentamente y a trompicones hasta que, habiendo recorrido toda la parte superior de la habitación, desapareció sin dejar rastro. Evidentemente aquello era el reflejo de la tenue luz lunar en un espejo, y acuciado por una sospecha, me aproximé a la ventana del patio: alguien o algo acababa de correr sigilosamente al armario de luna hasta dejar libre la superficie sobre la cual estaba situada la placa.

Al cabo de un rato, llegó hasta mí el ruido producido por el desenroscarse del círculo metálico. El áspero roce hería mis oídos y provocaba en mí un extraño estremecimiento.

Tras varios minutos, durante los cuales el dibujo grabado sobre la plancha giró repetidamente ante mis ojos, ésta quedó suelta, y fue empujada desde el subsuelo hasta que el agujero se vio completamente libre. La negrura del pozo era tal, que resultaba imposible, al menos desde donde yo me encontraba, vislumbrar nada de lo que pudiera haber en su interior. Inútilmente esperé durante largo tiempo. Nada ni nadie hizo su aparición. Mi vista, fatigada de permanecer fija largo rato en aquel orificio, me presentaba fugaces y brillantes resplandores o ficticias sombras que yo sabía producidas por el cansancio. Al cabo de mucho tiempo de observación me quedé dormido en la butaca desde la que espiaba, y cuando me desperté al amanecer con los pies yertos, la placa metálica y el armario habían vuelto a su emplazamiento original.

Aquella semana tuve que ausentarme de la ciudad durante tres días, y a mi regreso hallé mi apartamento extrañamente umbrío. Como si se hubiera producido una fuga de agua durante mi viaje y la humedad hubiera impregnado las paredes y techos cubriéndolos de un moho casi imperceptible. Abrí todas las ventanas para que se renovara el aire y entrara a raudales la luz del sol. Tenía la impresión de hallarme en un departamento subterráneo y no en un segundo piso alegremente iluminado, por lo menos en cuanto a la fachada exterior se refiere.

Hay ocasiones en que, tras volver a casa después de una ausencia más o menos prolongada, se tiene la sensación de que alguien ha estado habitando en ella durante vuestro alejamiento. Un cenicero situado en un lugar inadecuado, los cojines del diván distribuidos de diferente forma a como suelen estar, huellas de dedos en un cristal de la ventana… Resulta luego que el conserje ha tenido que entrar en el piso porque una sábana ha caído volando sobre vuestro balcón, o que los empleados de la telefónica tenían que efectuar determinadas comprobaciones.

Pero, cuando al cabo de tres días volví a casa, supe que alguien había entrado allí, no obstante lo cual, no me atreví a preguntar nada a la portera, intuyendo que había de darme una respuesta negativa.

Nada aparecía fuera de su lugar. El perfecto orden en que acostumbro —por pura comodidad— a dejar el apartamento no había sido alterado en absoluto, a pesar de lo cual había lago en la atmósfera, una súbita ausencia, el eco de un desconocido visitante, que todavía permanecía agazapado en los ángulos que forman las paredes con el techo.

Apenas deposité sobre la cama el pequeño maletín, descorrí precavidamente los visillos y contemplé la tapadera metálica del patio. Permanecía en su sitio, como siempre, y empecé a dudar de que lo que había visto las noches pasadas no fuera sino fruto de mi imaginación y de los efectos de un contumaz insomnio. Porque debo decir que, durante los días en que permanecí fuera de la ciudad, mi reposo nocturno no fue turbado por el menor sobresalto y pude gozar de un perfecto descanso.

A pesar de que me había hecho el propósito de permanecer en vela para comprobar si algo anormal ocurría en el patio, la fatiga consecuencia del viaje me rindió cerca ya de la medianoche, y desvistiéndome apresuradamente, caí rendido en el lecho.

La primera vez que me desperté fue para buscar en el armario otra manta. Un frío desacostumbrado impregnaba la atmósfera del dormitorio. Me hice el propósito de mirar por la ventana cuando regresaba hacia la cama, pero juzgando que si me entretenía en otra cosa que no fuera la búsqueda de la manta había de desvelarme, volví a acostarme sin satisfacer mi curiosidad.

La segunda vez que me abandonó el sueño tuve la impresión de que no estaba solo en la habitación. El frío era tal que, de manera automática, me había cubierto incluso la cabeza, y así, yacía bajo las mantas como dentro de un sudario.

De momento no escuché ningún ruido que atrajera mi atención ni por supuesto vi nada que me produjera inquietud, pero fui encogiendo las piernas poco a poco, temiendo que alguien se sentara sobre ellas en cualquier momento.

Al cabo de un rato el frío se hizo más intenso, y noté como si un soplo de aire helado traspasara las sábanas a la altura de mi nuca. A la vez, algo arañaba mis pies. Simultáneamente se oyeron una especie de quejas o lamentos de índole desconocida e infrahumana que helaron la sangre de mis venas y me impidieron efectuar el menor movimiento.

Al cabo de lo que calculo sería dos o tres horas, me fui adormeciendo, pero no de manera natural, sino que fui perdiendo de vista el mundo consciente de igual forma que va debilitándose aquel al que se le extrae una gran cantidad de sangre o la pierde a causa de una hemorragia incontenible. Sentía que la vida se me iba por momentos, y muy lentamente, fui sumergiéndome en un profundo pozo hasta que perdí la noción de la realidad.

Al día siguiente, que afortunadamente era festivo, me desperté ya muy entrada la mañana. La sensación de debilidad que experimentaba era extrema, y tuve que realizar un gran esfuerzo para levantarme de la cama. Ante el espejo del cuarto de baño examiné mi faz y comprobé que se hallaba exageradamente pálida. Sujetándome con las manos al borde del lavabo, contemplé unos grandes cercos bajo mis ojos; mis labios se hallaban exangües y el grosor de mi cuello parecía haber disminuido sensiblemente en una sola noche.

Al regresar al dormitorio me senté en la cama. La cabeza me daba vueltas y temí caer desvanecido. Fui vistiéndome lentamente procurando no realizar movimientos bruscos, y cuando me encontraba ya en pie, me vi forzado a tomar otra vez asiento: lo que vi en una de las paredes hizo que las fuerzas me abandonaran nuevamente.

Cerca del borde de la ventana del patio, y sobre un gran lienzo de pared, algo había producido tan salvajes arañazos y rasguños que el yeso que recubría el muro estaba completamente destrozado. Parecía como si, lo que fuera, hubiera intentado entrar por la ventana y se hubiera asido con uñas o garras al alféizar y posteriormente a la pared.

Mis ojos escrutaron las huellas comprobando con terror que el itinerario que había seguido el poseedor de aquellas zarpas recorría las paredes a la altura media, igual que si la ley de gravedad no hubiera regido durante aquel nocturno y terrorífico paseo.

Inmediatamente, y de forma instintiva, me asomé a la ventana y pude comprobar que la gran chapa metálica continuaba en su sitio, lo cual no era garantía de que no hubiera sido desplazada durante la noche, porque era de allí, de aquel desconocido subsuelo, de donde —estaba convencido— procedía el espantable visitante que me había sumido en aquel lamentable estado de debilidad.

Lo más procedente hubiera sido tapiar aquella entrada o cimentar de nuevo el suelo del patio, pero eso era sin duda una idea descabellada. ¿Por qué los demás vecinos habrían de convenir conmigo en que era preciso tapiar aquel agujero? ¿Cómo podría explicarles, sin hacerles caer en la sospecha de que mis facultades mentales estaban perturbadas, que, por las noches, aquellas tapa se desenroscaba y a través del agujero surgían determinadas cosas que ni siquiera sabía describir?

El único procedimiento, por tanto, que podía considerar viable era permanecer atento mientras los demás dormían y sorprender de una vez a los desconocidos habitantes de aquellas profundidades en el momento

de franquear la salida. Cuál sería mi reacción, o qué peligros correría eran cosas que no consideré en aquellos momentos.

Desde la ventana de mi dormitorio fui testigo del desenroscarse de la tapadera metálica, pero, a pesar de que el camino para los desconocidos seres subterráneos estaba expedito, nada surgió a través del agujero durante el tiempo que permanecí en actitud de observación. Sin duda —me dije— lo que fuera, aguardaba a que yo me sumergiera en el sueño para hacer su aparición y trepar hasta mi dormitorio.

Abandonando la ventana, y después de ingerir una generosa dosis de café, cosa que confiaba ayudaría a mantenerme en vela, me acosté dispuesto a esperar la llegada de aquel inquietante intruso.

Al poco tiempo de hallarme en el lecho, escuché un sonido procedente del patio. Parecía que algo fuera arrastrándose pesadamente por el suelo. Instantes más tarde aquel intranquilizador rozamiento se modificó, de tal modo que comprendí que, quien fuera, estaba escalando el muro. Pensé instantáneamente en las tuberías que recorren la fachada y supuse que aquello facilitaría la tarea de escalamiento. Con enorme inquietud recordé que, en i ciega curiosidad por llegar a conocer al extraño visitante, no había previsto procurarme un arma con la que defenderme llegado el caso. Un insensato sentimiento de superioridad me había hecho suponer que el más mínimo movimiento que denotar mi estado de vigilia haría huir al intruso. No caí en la cuenta de que, a veces, los ladrones no se deciden por la fuga ante la inesperada presencia del dueño de la casa, sino que, por desesperación o maldad, hacen frente a quien descubre su subrepticia presencia.

Abandonando el lecho de un salto, salí del dormitorio, y al mismo tiempo cesaron los ruidos procedentes del exterior. Regresé de la cocina provisto de un cuchillo de respetable tamaño, y volví a acostarme cubriéndome con las sábanas, de tal forma que mis ojos pudieran contemplar a la perfección el gran rectángulo de la ventana.

Al cabo de un rato recomenzaron los ruidos. El escalamiento se había reanudado, pero, cuando todo hacía prever que lo desconocido se encontraba ya a un paso de la ventana, cesó todo rumor, y durante un cuarto de hora sólo oí el furioso latir de mi propio corazón. Luego comprendí, no sé de qué manera, que aquella cosa se encontraba ya dentro de la habitación y precisamente a mi espalda.

Presa de un pánico cerval, mi cuerpo fue recorrido por súbitos temblores, de tal forma que pensé que yo mismo iba a clavarme el cuchillo, que oscilaba violentamente a impulsos de los estremecimientos que me invadían. De una parte deseaba darme la vuelta y enfrentarme de una vez con lo desconocido, por otro lado un pánico sin límites me mantenía fijo en aquella postura, aunque sometido a violentos temblores. Poco a poco me fui tranquilizando; mis manos dejaron de estremecerse y el cuchillo resbaló suavemente entre las sábanas. Un agradable sopor me invadió y al cabo de poco tiempo perdí la noción de la realidad.

Aquella noche tuve un sueño que vuelve de manera recurrente y cuyas imágenes, vívidamente sentidas, no me abandonan nunca.

Sentí que me preparaba para un largo viaje hacia regiones ignotas. La excitación ante lo desconocido y la inquietud ante lo nuevo eran dos sentimientos que invadían mi ser a partes iguales. Sabía que algo muy

poderoso, origen de todos nosotros en cierto modo, me estaba reclamando para servir de guía y de maestro a quienes habían de ser nuestros sucesores. Me resistía en principio al sacrificio, pero después, sabedor de que cualquier obstinación resultaría inútil y contraria a la postre a los designios de la madre naturaleza, me rendí ante lo inevitable. ¿No es insensato rebelarse ante la idea de la muerte? Pues, aunque este proceso, mutación, o fenómeno que todavía no me explico no significa el fin de todas las cosas, sino el principio de otras tan distintas que mi imaginación ni siquiera puede asomarse a ellas, su asunción (ahora sé que del todo necesaria) presenta tan terribles características y tan aterradoras vías que bien pudiera compararse con el pavor que inspira el óbito. Se trata de morir sin dejar de vivir. Y valga esta imposible paradoja para desvelar ligeramente lo que es inútil describir con más precisión.

Pero, por si de algún modo se puede ascender hasta las causas a través de sus efectos, continuaré relatando el sueño que tuve aquella noche a fin de procurar una mayor aproximación, dentro de lo posible, a lo que me está sucediendo ahora y, sin ninguna duda, os acontecerá a vosotros mismos la noche menos pensada.

Soñé que, presa de una debilidad no inspirada por el miedo, sino por algo que se encuentra más allá de ese sentimiento, mis movimientos se hacían lentos y pausados. Girando sobre mí mismo, dispuesto a enfrentarme con lo inevitable, me di la vuelta dentro de las sábanas y los vi en un ángulo de la habitación. Apenas tuve tiempo de experimentar náusea o pavor, porque, no bien había fijado la vista en aquello, me sentí súbitamente transportado al exterior y luego fui descendiendo por el aire hacia un círculo negro que se abría en mitad del suelo del patio. Dije adiós a todas las cosas de este mundo con una cierta tristeza, pero con fatal resignación, aunque algo me decía que mi despedida no era todavía definitiva, y luego yo y mi indescriptible compañía fuimos engullidos por la negrura sin límites.

Interrumpo aquí la narración de mi sueño, por denominarlo de algún modo, para hacer comprender a todo aquel que lea estas líneas que, sea cual fuere la forma en que ellos se manifiesten (y no hay duda de que cualquier día de estos lo harán), no ofrezcan la menor resistencia tratando de impedir la consumación de designios que han sido trazados por potencias superiores, lo que no quiere decir que se encuentren en lugar elevado. Resulta fácilmente comprensible que cualquier persona adopte una postura defensiva ante lo desconocido, pero cuando las cosas son de verdad inevitables, esa resistencia no hace sino agravar la situación. Es preferible dejarse llevar dulcemente. Ellos saben cómo hacerlo de forma tal que, los ineludibles sufrimientos, si bien no serán atenuados un punto, resultarán más soportables. Al fin y al cabo no puede pretenderse que un nacimiento o una muerte sucedan sin dolor, y lo que estamos bordeando tiene algo de ambas cosas. Os sorprenderíais de saber qué complejos sufrimientos, de diferente especie, desde luego, experimentan todas las sustancias al pasar de un estado a otro. EL hielo no se transforma en agua sin que algo se queje dentro de él, ni el agua se convierte en vapor (aunque ésta sea una transformación más gozosa) sin que se produzcan comprimidos sufrimientos e incomprensibles angustias de la materia.

De igual modo, la sustitución de nuestros seres por los de nuestros

sucesores conlleva una considerables dosis de angustia y una no menor cantidad de sufrimiento, y lo peor del caso es que el proceso es lento y trabajoso. Hace bastantes meses, ya he perdido la cuenta, que cada noche vienen a buscarme para hurgar en las más recónditas circunvoluciones de mi cerebro, y en los más íntimos pliegues de mi corazón todo lo que necesitan para sustituirnos con la máxima dignidad. No penséis en una nueva invasión de bárbaros. Esta es mucho más calculada, y aunque más definitiva y total que aquella, mucho más sutil y sabia.

He de advertir, entonces, que prestéis atención a los patios interiores, a los sótanos, tumbas, cavas y bodegas; conviene vigilar los aljibes y pozos, no olvidarse de los subterráneos. Abrid bien los ojos cuando viajéis en los ferrocarriles metropolitanos y, si acaso cuando el tren atraviesa un prolongado túnel notáis que algo se aposenta a vuestro lado, no ofrezcáis la menor resistencia. Resultaría absolutamente inútil. Tan inútil como negarse a nacer o morir.

No obstante, a fin de eliminar la primera impresión, sabedor de que también esta noche viajaré hasta donde se encuentra el grueso de sus nacientes fuerzas (que necesitan de nuestra experiencia y sabiduría); conociendo que hasta que apunte el alba yaceré en regiones subterráneas y en presencia de espantables vecinos; presumiendo que deberé nutrir a sus todavía informes retoños con el conocimiento estancado en las células que constelan las circunvoluciones de mi cerebro; sabiendo que deberé hacer transparente mi corazón a fin de poner de manifiesto mis afectos, por si ellos decidieran o fueran capaces de imitarlo, procuraré daros una idea acerca de la clase de cosas con las que deberéis enfrentaros en una noche lejana. Y he de hacerlo deprisa, porque ignoro si estas revelaciones resultarán o no de su agrado. Es posible que entre los forzado pasos que el género humano se verá obligado a dar no pueda excluirse el que constituye la aterradora e inicial sorpresa.

Tras el lento descenso, como explicaba antes, mis impensables acompañantes y yo fuimos engullidos por un negro agujero al que fuerzas coadyuvantes a la inevitable sustitución que se avecina habían despojado de la placa de hierro que lo mantiene clausurado durante las horas diurnas.

Apenas perdí de vista la superficie de la madre tierra, e ingresé nuevamente en su seno, un espantoso terror se apoderó de mí. Ellos, conociendo sin duda mis angustias y deseosos quizá de inspirarme confianza, me atenazaron los hombros y los brazos de igual modo que una persona hace con otra cuando desea que se sienta tranquila. Pero esta acción, que seguramente resulta bienintencionada, no hace sino añadir terror al que ya os invade. Los miembros (por decirlo de algún modo) de aquellos espantosos e inevitables seres son de tan horrorosa constitución y forma, que más valiera que no se molestaran en tratar de inspirar confianza. No obstante, si las cosas sucedieran del modo que estoy relatando, no ofrezcáis resistencia, no sea que se sientan ofendidos de alguna manera y os nieguen el dudoso consuelo de su ayuda. Todo resultaría entonces mucho más terrorífico.

Una vez llegados a las regiones, no tanto subterráneas como

alejadísimas, me encontré en presencia…. Cuando llegué a la presencia de…

Eran como si acaso… ¿Habéis visto alguna vez…? Una vez llegados a aquella zona que…

Solamente el intento de recordar lo que dentro de poco volveré a… me llenó de… Quiero intentar describir para vosotros lo que os espantará y… Siento que… Me parece que no debo…

Estoy oyendo el rechinar de la tapadera metálica. Debo terminar esta descripción al fin de poneros sobre aviso… En resumidas satneuc… odot érid so… Rx… omñxtoik…

Suben. De nuevo siento la angustia dkkucjm… Quiero hacer ver que lkkjih… No ofrezcáis resismmnvhd… mañana continuarñlck… con el relato… si me toca volver… yo ya no… rrrudhjfui… me parece que es la última vez… impedido el regreso… no… no… no… no… ¡¡¡No!!! ¡¡¡No!!!